

LA MUERTE DE ALLENDE

Sandro Pertini. Ex-Presidente de la República de Italia, figura histórica del socialismo italiano.



Salvador Allende, de veinte años, estaba preso por haber participado en manifestaciones a favor de los mineros, explotados por compañías extranjeras. Le fue negado el derecho a asistir al padre agonizante; sólo se le permitió visitar la tumba. Sobre la tumba del padre, Salvador Allende hizo un juramento: "No podré vivir si no me esfuerzo para hacer algo que cambie este país".

Allende tenía sólo 22 años. Inició entonces su lucha por aliviar la miseria de su gente.

Chile era el país más rico de latinoamérica en materias primas, sin embargo, estaba entre los más pobres considerando el ingreso per cápita.

Dominaba el país una burguesía agraria de mentalidad feudal; funcionarios ávidos de privilegios; gerentes a sueldo de las compañías estadounidenses explotadoras de los minerales.

Salvador Allende, una vez que se tituló en medicina, se transformó en el médico de los pobres.

Hombre político, ministro en un gobierno del Frente Popular, consideró como primer problema a resolver el de

Discurso Cámara de Diputados, Roma, 26-IX-1973

la independencia económica de su país "capaz —afirmaba— de enriquecer a extranjeros, mientras se emprobecía más y más".

Asumió la presidencia del senado lanzando la consigna, a la que sería siempre fiel: "Con la razón, democráticamente, pero sin ceder".

Era un socialista que aspiraba al socialismo del rostro humano. Jamás quiso recurrir a la fuerza, porque pensaba que no podía haber socialismo sin libertad.

Ganó las elecciones presidenciales de 1970 y fue ratificado por el Congreso como Presidente de la República.

Fiel a los principios que rigieron toda su vida y de los cuales nunca renegó, se puso en contra incluso de sus propios amigos, representantes de la mediana burguesía, prestos a caer en compromisos, y de los militantes de la extrema izquierda, que organizaron la guerrilla.

En su discurso de asunción a la Presidencia de la República, ante el Congreso dijo: "Queremos sustituir el régimen capitalista. Sabemos que esto no ha sido posible, hasta ahora, democráticamente. Pero ahora probaremos".

Salvador Allende nacionalizó las minas de cobre. Las compañías mineras estadounidenses pagaban el cobre a

Chile a menos de la mitad del precio a que lo vendían en el mercado mundial.

Realizó una reforma agraria radical.

Redistribuyó la renta nacional para elevar las condiciones de vida de las clases más pobres.

Construyó viviendas para los sin casa. Alivió la más negra miseria de un vasto sector de la población.

Todo fue hecho con el acuerdo del Congreso.

Las mujeres del pueblo solían decir: "Hoy podemos dar de comer a nuestros hijos. Antes, cuando Chile era el "país de la abundancia" y los negocios del centro estaban llenos, debíamos engañar el hambre de nuestros hijos con "aserrín" de huesos, esos restos que quedan a los lados de la sierra que usan los carniceros".

¿Se cometieron errores? Pero cuando se deben romper las lacras producto de largos años de explotación y egoísmo de las castas privilegiadas y de las compañías extranjeras, el trabajo no es fácil y los errores no sólo son posibles, sino que inevitables.

Hay un error que Salvador Allende jamás cometió: él nunca traicionó la democracia ni a la clase trabajadora de su país.

No fueron los errores los que mermaron la obra de Allende, fue la permanente hostilidad de los Estados Unidos y de la burguesía agraria que, infundiéndole el pánico entre la población, orquestaron una campaña de sabotaje sistemático.

Allende trató de dominar la tempestad, permaneciendo en la legalidad, respetando las libertades democráticas, no persiguiendo a sus enemigos.

El sabotaje organizado logró ponerlo en contra hasta de la pequeña burguesía, a la cual le había garantizado el libre funcionamiento de la industria pequeña y mediana, aquella pequeña burguesía que se sentía desde hacía años, avasallada por las sociedades extranjeras.

Pero el sabotaje organizado lo estaba acorralando. El camino para construir el socialismo en la legalidad se le cerraba.

La exasperación se manifestó en amplias capas de la población cuando se difundió la noticia de que 20 millones de dólares serían usados para combatir a Allende; que los agentes extranjeros se habían triplicado en los últimos tres años y que el Fondo Monetario Internacional se negaba a ayudar a Chile.

La indignación cundió cuando se supo que el ejército —tradicionalmente subordinado al Parlamento— presionaba para que no se aprobase la promoción de generales leales a Allende. Un general, su fiel amigo Schneider, fue asesinado por elementos de la derecha.

El 24 de agosto, el general Prats, amigo de Allende, fue obligado por otros generales a abandonar el cargo de Comandante en Jefe del Ejército.

Se llega así al "golpe de Estado", obra de generales que renegaron del juramento de fidelidad a la República, estimulados, para realizar sus actos criminales, por fuerzas externas, con las cuales comparten los egoísmos, y no dudando en alzarse contra las instituciones democráticas y los intereses de la patria.

¡Aseguraron querer restablecer el orden!

Pero cuando se pisotea la libertad se instaura sólo el orden de las cárceles y de los cementerios.

Salvador Allende no quiso negociar con los traidores, prefiriendo sacrificar su vida por amor a la libertad. Instó a sus amigos, que querían permanecer a su lado, a dejarlo solo: "Ahora debo estar solo. No puedo hacer otra cosa".

Y fue asesinado por oficiales que, dejando de ser honorables, se transformaron en criminales.

En los últimos instantes, solo entre las ruinas del palacio de La Moneda, seguramente estuvo claro en su mente que: el sacrificio de su vida era necesario no sólo para ser

SANDRO PERTINI

MORTE DI SALVADOR ALLENDE

*123. bisessanta. Scung. cna. della scunta
del 26 settembre 1973*

EDIZIONE DEL DOCUMENTO
ROMA

consecuente con sus principios, sino también para que de su sacrificio el pueblo trabajador chileno sacase la voluntad y la fuerza moral para luchar por reconquistar la libertad.

Salvador Allende cayó en su puesto de combate, la libertad se extinguió en Chile y se extinguió también la voz del gran poeta Pablo Neruda, el poeta "de la dignidad humana violada". Esta voz que había denunciado al mundo entero la miseria de su pueblo frustrado, ha callado para siempre.

Su último poema fue un acto de acusación contra los generales traidores. Su casa fue destruida y sus libros quemados.

Así, sobre ese país trágico domina hoy la dictadura, que también nosotros hemos conocido durante largos años.

El Congreso fue cerrado; suspendida la libertad de prensa; marginados de la ley los partidos de izquierda y las organizaciones sindicales democráticas.

Se realizó una despiadada caza al hombre, se llevaron a cabo deportaciones y ejecuciones sumarias; en el estadio de Santiago, transformado en campo de concentración "lager", miles de detenidos políticos fueron sacrificados como bestias en un matadero.

Los generales golpistas pisotearon la Constitución valorada por el pueblo, para sustituirla con una hecha a su medida de ellos, que impondrán por la fuerza.

Si, hoy los hombres y los partidos de izquierda son golpeados. Pero que ninguno se llame a engaño.

En Italia, los primeros que cayeron bajo el puñal fascista fueron socialistas: Piccinini, Di Vagno, Matteotti, Console, Pilati. Pero la tiranía no se aplacó y después fueron asesinados los liberales Piero Gobetti y Giovanni Amendola y el sacerdote "don" Minzoni.

La dictadura no perdona a quienes no reniegan de la libertad.

De los trágicos hechos de Chile debemos, entonces, sacar enseñanzas para nosotros.

Cuanto ocurrió en Chile —repito aquello que fue escrito por otros con tanta claridad— es una advertencia para cada conciencia humana sobre los peligros que pueden surgir para la democracia cuando el consenso civil y el acuerdo solidario son reemplazados por la ruptura y se pierde la vigencia de las libertades democráticas.

Seguro, debemos vigilar la libertad, que jamás es una conquista definitiva, que debe ser defendida día a día por las fuerzas antifascistas, fuerzas que, por encima de cualquier diferencia ideológica, deben mantenerse unidas frente al peligro fascista.

En Chile sucedió lo que había sucedido en Italia, donde el fascismo se impuso sobre todo por las diferencias y los desacuerdos entre los partidos democráticos.

Nos parece necesario aumentar la base de consenso y de alianza social, alianza sobre todo, entre obreros, campesinos y clase media.

Nos parece que queda clara una enseñanza: la libertad no se cambia por nada.

Salvador Allende cedió porque no quiso comprometer su dignidad y porque quiso seguir siendo él mismo.

Como Giacomo Matteotti, fue racionalmente al encuentro de su trágico destino. El, como Matteotti, interpuso su cuerpo —reducido ahora, por la salvaje agresión, a una mancha de sangre— entre la libertad y la dictadura, para que él fuera el primer peldaño de la lucha de los chilenos contra la dictadura.

Es el destino de los pueblos, que el camino hacia la libertad y la justicia social sea señalado con la sangre de sus mártires. Tal vez, para que así no se pierda el camino.

Nosotros no lo perdimos jamás en veinte años de lucha.

En el nombre de nuestros mártires combatimos sin desesperarnos nunca y el nombre de nuestros mártires se transformó para nosotros en una bandera. Su ejemplo nos estimuló en la larga lucha.

Quien muere por una causa justa, vive siempre en el corazón de quien combate por esa causa.

Salvador Allende, muerto, está más vivo que nunca en el corazón del pueblo trabajador chileno.

Los chilenos antifascistas ya han iniciado, en su nombre, la lucha contra la dictadura.

Será una lucha dura, difícil, pero de la noche que hoy ha caído sobre Chile resurgirá, estamos seguros, el alba de la libertad.

Acompañe a las fuerzas democráticas chilenas en su lucha nuestra solidaridad de antifascistas y de hombres libres.